

Puzzo estaba realmente contrariado. El señor Cardone, como todo el mundo le llamaba excepto su mujer y su hija, le había encargado que fuera con ellos, al fin y al cabo no los conocía lo suficiente, y el pensamiento que le había manifestado su sobrino había sido para él un cubo de agua fría. Se puso muy tenso y obligó a Paolo a prometerle que iría hasta lo más bajo del underground del sexo neoyorquino para asegurarse de que ninguno de esos perturbados hubiera atacado a su pequeña. Todavía no entendía por qué se lo había dicho, tenía planteado hacer que lo investigaran para quedarse más tranquilo, pero cuando entró en el despacho de su tío parecía que había envejecido diez años de golpe. Lo veía triste y preocupado, paseaba la mirada desde el cuadro que presidía la estancia hasta una pequeña foto de Leonor, pequeña y bonita, luego un sorbo de whisky y otra vez a mirar el cuadro. “¿Sabes? – le dijo con voz cansada- cuando era joven, como tú, ni siquiera quería heredar el puesto de mi padre. Mi ilusión era casarme con una muchacha del barrio, Francesca, era guapa y muy inteligente. Y tenía un carácter... Quería ser abogado, trabajar para las causas justas, defender al que nadie quiere defender... Pero un día mi padre me mandó llamar, yo sabía perfectamente lo que hacía él con los pobres inmigrantes italianos, y con el alcohol, y con las armas. Pero nunca, nunca le hice ningún comentario al respecto. Nunca.” Puzzo se sentó sin hacer ruido, escuchando el triste tono de su tío, al que siempre había visto fuerte y seguro, muchas veces incluso arrogante.

“Cuando entré en este mismo despacho, con el mismo cuadro colgado, una mesa muy parecida, el mismo mueble bar, el mismo olor a viejo, sabía que tarde o temprano mis sueños se caerían por las escaleras, y mis ilusiones se convertirían en vanas esperanzas. Pero nunca había pensado que fuera a ocurrir tan pronto. Mi padre me explicó que en una familia deben de haber dos personas que lleven sobre sus hombros

las responsabilidades de toda ella. La mujer debía llevar las obligaciones de la casa, de la comida, del cuidado y educación de los hijos; y el hombre a su vez debía llevar siempre el pan al hogar. Eso era lo que más importaba. Quizá no pasara mucho tiempo con la familia, o incluso no fuera un “buen padre”, pero siempre tenía que mantener a aquellas personas que esperaban lo mejor de él. – Miró de nuevo al cuadro, se quedó un momento pensando, como intentando recordar algo que se escapaba de su mente – No sé muy bien que sucedió después, pero me dijo claramente que yo iba a ocupar su puesto, pues mi obligación no sólo era mantener a mi futura esposa y a mis futuros hijos, sino a toda nuestra gran familia, a mantenerlos y protegerlos de cualquier mal. Y daba igual cuales fueran los métodos usados para ello, siempre y cuando mantuviera segura a la familia.”

El señor Cardone, Matteo Cardone, de casi ochenta años, pero muy bien conservado, grande y fuerte, se hacía más y más pequeño en el enorme sillón de cuero en el que descansaba su envejecido cuerpo. Sin embargo, su mirada, antes perdida, bailando por toda la habitación se hizo dura y decidida de repente y se fijó, como si de unas afiladas agujas se tratara, en los ojos de Paolo. “Aunque no era lo que quería, era mi obligación – prosiguió – si yo no cogía el relevo de mi padre, como él había hecho de su abuelo, la seguridad de la enorme familia en la que nos habíamos convertido desaparecería. Y para ello había también que aliarse con otras familias que se protegían también a sí mismas, así que abandoné la esperanza de casarme con la hermosa Francesca, y lo hice con tu tía. No era muy guapa, ni tampoco destacaba por su inteligencia. Pero era más astuta que un zorro, sabía todo lo que había que saber del mundillo. Si levantara la cabeza... Cuando al fin conseguimos tener un hijo resultó ser una niña, y las esperanzas de dejar el negocio al primogénito varón se desvanecían, tardamos mucho en hacerlo, éramos mayores, y Elisa empezaba a tener problemas de

salud. Por ese entonces, me ilusioné con dejar el negocio a mi hija, sería un cambio que vendría muy bien en la estancada sociedad ítaloamericana, y seguro que podría darle un giro de modernidad. Pero la chiquilla resultó tener mis mismos anhelos de juventud, y resultó también ser mucho más cabezota que yo. Cuando se empezó a imaginar qué clase de negocio llevaba su padre su forma de tratarme cambió drásticamente, no quería hablarme y ni siquiera dejaba que nadie la acompañara al instituto, incluso cuando la guerra entre las familias italianas y las organizaciones del Este de Europa estaba en su mayor apogeo. Al final se casó sin avisarnos, a Elisa por poco le da un ataque, con un médico de la organización ésta... Médicos sin fronteras, o del Mundo... o algo así. Sólo nos veíamos en navidades, me despreciaba tanto... Pero cuando nació Leonor, cuando lo hizo, el mundo nos sonrió a todos, consiguió que la familia volviera a estar unida, e incluso según iba creciendo la niña más tiempo pasábamos juntos. Y Adriana me dejó mandar un coche a buscar a Leonor a la guardería por si acaso, supongo que a uno no le importa hacer peligrar su propia seguridad, pero cuando hablamos de las personas a las que amamos, entonces es otra cosa.” Sus ojos volvieron a nublarse y las lágrimas empezaron a brotar desconsoladamente. “Y ahora he vuelto a traicionar su confianza. Mis hombres no vieron nada extraño nunca, excepto al mariquita de su profesor, y de repente, la niña desaparece cuando debería haber estado vigilada. ¿Qué voy a hacer? – Su voz estaba rota y deshecha, dejó caer el vaso vacío en la mullida alfombra- ¿Qué voy a hacer? No hay nada que me importe más que Leonor y su madre, nada más...”

Entonces Puzzo se decidió, le contó la teoría que parecía, para él, tener mayor sentido. Podía ser un loco de cualquier tipo, desde un psicópata hasta un pederasta, pero que los dos encargados de la investigación estaban descartando todas las posibilidades. Entonces el anciano sentado se recobró, volvió a ser el mismo hombre fuerte y decidido

de unos minutos antes y le obligó a jurarle que él mismo se encargaría de supervisar todo en persona. No admitiría fallos... y no quería perder a otro sobrino.

Un escalofrío le atravesó la espalda.

En algún lugar de la ciudad de Nueva York, Stuart paseaba la mirada por la antigua habitación donde se encontraba. El conservador mantenía la estancia de la misma forma en la que había estado hace tres siglos; era una pena que hubiera cerrado por falta de visitas, ahora sólo abría los viernes y los sábados. Le quedaban tres días para completar su obra. Todo estaba saliendo a la perfección, de toda la ciudad había elegido a los cuatro niños más inocentes y engañados de todos.

El primero había creído que él era el nuevo profesor de piano, estuvo tocando para él durante la media hora con tal emoción que se le habían saltado las lágrimas. Ahora estaba acurrucado, llorando, en el sótano de la vieja casa.

El segundo, un niño afroamericano de sólo tres años, esperaba en las escaleras de su casa la llegada de un padre cansado y ojeroso por el difícil trabajo en Wall Street; cuando vio a Stuart le dijo que era un médico amigo de su padre. Estuvo jugando con él un rato y cuando el pobre chiquillo preguntó por su padre se tragó que iban a verle en ese momento, porque le había encargado recogerlo y llevarlo al despacho. Se puso muy contento.

La tercera había sido muy difícil. Era una niña retraída, con una dulzura tan grande que todos los que la miraban se quedaban encandilados, como por una especie de hechizo. Estudiaba en un colegio privado, y todos los días la recogían dos hombres

bien vestidos en un BMW azul marino. Siempre, cuando tardaban mucho, se quedaba hablando con un joven profesor, era con el único que hablaba. Cuando éste dejó de dar clase la niña volvió a su retraimiento de siempre, y ninguna persona adulta la acompañaba. Pensó que era la perfecta oportunidad, pero la niña no le hablaba. Sólo lo miraba desde la lejanía. Cuando él intentaba acercarse, ella corría un poco más lejos; de tal forma que Stuart se dio cuenta de que podía poner en peligro todo el plan. Decidió otra táctica; se sentó en un columpio del parque infantil que había justo enfrente, durante días, ambos sólo se miraban. Los días pasaron a semanas y Stuart empezó a impacientarse, justo cuando comenzó a plantearse buscar a otra, la chiquilla se acercó y le preguntó si era un ángel. El se extrañó.

- Los ángeles visten con ropa oscura como tú. Lo vi en una película. – La excusa perfecta – Se sientan en sitios raros vigilando a los niños que guardan. Eres mi ángel de la guarda ¿Verdad?

Él no contestó. A su forma de verlo, él sí era un ángel, pero no de la guarda. Todos esos días, la niña se sentaba en el columpio continuo y le contaba que su madre nunca la dejaba ir al parque a jugar. Siempre le contaba las cosas que le gustaban y las que no. Durante un mes las cosas siguieron así, hasta que la chiquilla le pidió que le enseñara al resto de los ángeles. Él la cogió y la llevó por el metro hasta la casa.

La cuarta... la cuarta sería suya esta noche, a la salida de su clase de ballet.

Su cuerpo se estremeció.

“Las vistas desde casa de su abuela eran preciosas, el bosque, tan anciano, tan sabio, como el templo de sus ancestros, se recortaba en el horizonte. Oyó la voz de su

abuela, llamándola. Sus maletas esperaban en la puerta y la abuela Tiko sujetaba un tupperware con su plato preferido: Shashimi de salmón.

- Cuidate Hanako, llámame cuando llegues. Pero ten en cuenta que no me hace nada de gracia que te vayas tan joven, tu abuelo no lo permitiría.
- Mi abuelo no vivía en este siglo abuela, lo sabes; además, sólo estoy a una hora en tren. El tío Shoshuro me necesita en Tokio, y me debo a la familia. – Sentía mucha tristeza por marcharse, aquella no era la vida que ella quería, pero la aceptaba con resignación.- Te vendré a ver siempre que no tenga trabajo ¿Vale? Te quiero- La besó en la mejilla, no quería marcharse, de veras.
- Su abuela lloraba, era muy menuda y estaba tan arrugada que sus ojos casi estaban escondidos entre los pliegues de su piel. Vestía un kimono viejo y el pelo blanco estaba recogido en un moño – Y yo a ti, si tu padre hubiera tenido un hijo varón todo habría sido tan diferente... - ella también lo creía, pero no veía en eso un deshonor, sólo que si hubiera tenido un hermano...

Hanako cumplió su promesa, y siempre que su tío no le encargaba ningún trabajo se marchaba a la hacienda de sus abuelos. Pasaron seis meses, y se sentía tan sola.... Entonces apareció Kyo Hiroshi, entró como secretario de su tío gracias a la amistad que unía a éste con su padre. La primera vez que hablaron, lo supo.

En uno de sus descansos, tomando el té con la abuela, llamaron. Era su tío tan enfadado que pensó que iba a atravesar el teléfono y obligarla a que se cortara el dedo meñique entero. Según él, debía estar en Tokio siempre ya que, como hoy, cuando le necesitaran para un trabajo tenía que cumplir con su deber cuanto antes. Al día siguiente cumplía dieciocho años, dijo, y quería pasarlo con su abuela, y aunque ella se pusiera al teléfono para que su hijo entrara en razón no hubo forma alguna de convencerle. De todos modos, esperó a la mañana siguiente para marcharse. Fue su

abuela quien, en esa ocasión le regaló su primer gatito. “Para que te haga compañía- dijo- yo soy demasiado vieja ya para viajar – después de la llamada de su tío Hanako le pidió a su abuela que a la semana siguiente fuera a ver su piso de Tokio, ella se había mostrado reticente alegando que volver a la ciudad donde había conocido a su abuelo le resultaba doloroso, había tomado una decisión. Como era costumbre rechazó el regalo tres veces y después lo aceptó – sé que te hacía ilusión que fuera a verte, pero mi sitio está aquí, y desde estas ventanas he visto marchar a todos mis hijos, algunos a lugares tan lejanos, como a tu padre, que sabía que no volvería a verles. Otros, aún estando más cerca se habían alejado de mí. Y ahora tú, Hanako chan, sabes que ésta es tu casa, que siempre lo será, y que eres lo más preciado que tengo.”

Se había marchado con la voz de su abuela retumbándole en la cabeza, con lágrimas en los ojos y con un enorme vacío en su corazón. Dos días después, la asistente de su abuela llamó, había muerto mientras dormía, vestida de blanco como si supiera que había llegado el momento. Fue lo primero en su vida que no perdonaría jamás a su tío Shoshuro.”

Hanako se despertó, estaba en su cama de Nueva York, con el recuerdo del olor de su abuela, y de nuevo con el corazón vacío, pero esta vez, esta vez también muerto.

Jake se despertó antes de que amaneciera, era demasiado temprano incluso para él, que se despertaba por culpa de las pesadillas que lo atormentaban todas las noches. Se sentía cansado, pero por lo menos no le había dado tiempo a despertarse gritando, por lo que estaba más tranquilo que de costumbre. Sin embargo, había una preocupación mucho mayor en su cabeza: ¿Qué pasaría si no encontraban a la nieta del capo? ¿O si lo hacían muerta?

Después de la conversación la noche anterior en casa de Puzzo la cosa se había convertido en algo mucho más peligroso. Parecía que los secuestradores (si existían) no se habían puesto en contacto con la familia, la madre de la niña cada vez estaba más histérica y la situación no parecía que fuera a mejorar; más bien, daba la impresión de que no tenían mucho tiempo antes de que la preocupada mujer acabara llamando a la policía para contarles todo lo que quisieran saber, con tal de que encontraran a su hija.

Jake lo comprendía, al fin y al cabo tenía dos niños pequeños, uno cumpliría cinco también el año siguiente como la pequeña Leonor. Si desapareciera no sabría como reaccionar.

Puzzo les había asegurado que podría mantener ocupado al FBI durante un tiempo. No sabía como podría hacerlo. A Jake, el sobrino del señor Cardone le parecía un engreído típico, que aprovecha la coyuntura familiar para hacerse con un puesto de poder; pero sólo era un fanfarrón, un amante de las juergas y del dinero. Por lo que, ¿Cómo alguien así tendría siquiera posibilidades de engañar a la policía? Pensándolo bien, ¿Cómo alguien como él podría encontrar a alguien que supiera algo de la entrada a un supuesto submundo criminal, que ni siquiera los asesinos más despiadados sabían que existía? Y más aún ¿Cómo alguien como él iba a tener la más ínfima posibilidad de encontrar a una niña de cuatro años, desaparecida hace días, en una ciudad donde vivían millones de personas, donde él mismo había ido a esconderse? Decidió dejar al recurrente pesimismo para, al menos, después de la ducha matinal con agua fría.

Mientras su cuerpo se estremecía por el contacto con el agua helada y se echaba champú, sin preocuparse de que le entrara espuma en los ojos, se descubrió a sí mismo pensando en la Hanako Kitano que había conocido el día anterior. Se dio cuenta que ésa y la persona que lo “atacó” aquella noche no eran la misma.

La mujer de la lluvia tenía los ojos vacíos, como ésta, pero en el fondo, en el timbre de su voz, descubrirías que realmente estaba vacía por dentro. La Kitano de ayer, aunque no tenía tampoco ningún brillo en los ojos, intentaba simular una voz también vacía, pero no lo conseguía. Se molestaba, se tranquilizaba, y con Jake se exasperaba.

Se sonrió, aquella era la explicación más lógica, probablemente serían hermanas, puede que incluso no fueran gemelas (al fin y al cabo, las orientales siempre le habían parecido iguales. Pese a que Julie siempre le repetía que ese trato era racista y machista) y por eso Kitano no le reconoció, porque no era ella a quien había visto hace meses. Se lo comentaría como algo curioso.

Terminó de afeitarse, y se acicaló el pelo con gomina. Planchó una camisa recién lavada. Le parecía gracioso: cuando llegó a Nueva York ni siquiera sabía, como quien dice, atarse los zapatos, y ahora planchaba, limpiaba y cocinaba para él sólo, y encima cosas que no sólo estaban comestibles, sino que además estaban buenas. Julie se pondría contenta a su vuelta...

Ése era otro de sus quebraderos de cabeza, al principio de llegar a la ciudad había soñado con volver de nuevo a casa, abrazar a sus hijos, hacer el amor a su mujer y volver a la normalidad. Pero según pasaron los meses una idea fue fraguando en su cabeza. ¿Por qué no traer a Julie y a los niños aquí? Al fin y al cabo, si esto salía bien tendría un “buen” trabajo y dinero suficiente para mantenerlos... Cuando pudiera llamaría a Julie y le contaría sus planes.

Se vistió, saludó a la señora Piamonte, que regaba las plantas en el patio trasero, y bajó a la calle. Había quedado dos horas después con sus nuevos “compañeros”, para decidir qué pasos seguir en la investigación. La noche anterior no hicieron demasiado, cuando llegaron a la casa de Puzzo éste tardó bastante en recibirlos, y lo hizo con cara de pocos amigos. La verdad es que esa actitud molestó mucho a Jake, puesto que había

sido él quien les había dicho que pasaran por allí. Aún así le contaron lo que el contacto de Kitano en la mafia rusa les había dicho o, por expresarse mejor, no dicho.

Él les interrumpía a cada instante para que acortaran su relato, ya que al parecer no tenía muchas ganas de escuchar tonterías. Al final, nos contó la situación en la que estaba la familia Cardone y lo que pensaba hacer con el FBI, después les dijo el lugar y la hora de su próximo encuentro, deseándoles buenas noches mientras entraba por la misma puerta por la que había salido minutos antes.

Volvía a llover en aquella sucia ciudad, frente a la puerta de la viuda negra, por primera vez, Hanako dudaba de lo que hacer. Nunca nadie le había enseñado a enfrentarse a aquello, fuera lo que fuese. ¿Sociedad? ¿Sexo? No sabía a qué temía más, o si era una mezcla de todo, ya que los occidentales tendían a demostrar sus emociones sin problemas, mientras que a ella, desde pequeña, le habían educado para hacer totalmente lo contrario, hasta tal punto, que había dejado de sentir. Se había convertido en un robot que cumplía eficazmente las órdenes del consejo, sin dudas, sin remordimientos. Sólo se había dejado sentir algo una vez, aquello acabó, y ella nunca volvió a ser la misma. No sabía si se alegraba de ello o si se arrepentía. Llevaba dudando demasiado tiempo, y ahora volvía a pasar.

En la puerta de aquel local, viendo como hombre y mujeres bien vestidos entraban junto con chicos y chicas góticos, algunos incluso con prótesis en los colmillos, mientras la lluvia volvía a emparar su melena, resbalando por su gabardina impermeable, volvía a dudar. Puzzo y Palucci ya habían entrado, ahora le tocaba a ella, tenía que disimular. Disimular... antes había sido tan fácil... Un paso, luego otro, llegó a

la puerta, los porteros no la interrumpieron en sus pensamientos, y una nube de humo y luces de colores la asaltaron por sorpresa.

Cientos de personas, algunas vestidas como esclavos sexuales, otras como dominadores, todo en negro y plata, bailaban una frenética danza al compás de una música que taladraba los oídos de la japonesa. Se acercó rápidamente a la barra, pidió un martini seco, y le preguntó al camarero si “*en la planta de arriba haría sol como en verano*”, que supuestamente era la clave para subir a la zona “VIP” donde la gente rica se divertía con sus muñequitas sexuales, con camas redondas e incluso con orgías multitudinarias. El camarero le dio una tarjeta plateada y señaló al portero que esperaba en lo alto de una escalera de hierro, en cuya cúspide había una puerta acolchada negra, vigilada por aquel matón. Hanako se preguntó de donde saldrían aquellos tipos, parecían creados en serie, para guardar puertas y pegar palizas, todos grandes como armarios, con cara seria, y mirada enfadada.

Desde las escaleras, la discoteca gótica se veía mejor, la gente era como una alfombra que se movía y retorecía, en las esquinas oscuras parejas se comían a besos. Nadie parecía fijarse en aquella escalera, ni siquiera se sentaban los cansados bailarines.

Leonor no lloraba, miraba inmóvil a los otros dos niños del sótano: uno lloraba llamando a su madre; el más pequeño jugaba con una pluma blanca, tenía la cara llena de mocos y la niña se preguntaba porqué su ángel la había llevado allí, ¿Sería por qué se había portado mal? Decidió ser buena, la abuela Elisa siempre le decía que debía ser buena con los demás, y dócil con sus mayores y con los niños. Sin embargo, ni siquiera sabía qué significaba esa palabra y la mayoría de los niños no eran buenos con sus papás o con sus hermanos. Por eso estaba aquí, porque le había roto el conejito a Jack y

porque le había quitado el pañuelo blanco con letras bordadas a su abuelo... seguro que su abuelo vendría a por ella, siempre la abrazaba cuando hacía alguna trastada con sus cosas, y le decía que era igual de inquieta como su mamá. Tenía mucho sueño, y se quedó dormida.

Puzzo estaba sentado a su lado, mirando a las jóvenes de forma lasciva, decía que debían ser creíbles, y aparentar que venían aquí por sexo, pero a Jake le parecía más una excusa tonta para sacar a relucir su verdadero yo, que es lo que le pasaba a la mayoría de la gente cuando entraba en algún sitio de este tipo. La supuesta “clase” del local hacía que los clientes se sintieran más seguros para realizar sus más oscuras fantasías. Sólo había que observar al grupo de japoneses que cuchicheaban entre ellos y se reían cada vez que una de las chicas les servía otra ronda, al parecer estaban esperando a alguien o a algo, pero se les veía muy entretenidos mientras llegaba. Muchos entraban directamente a la zona de habitaciones, y lo más curioso para él es que había mujeres entre los clientes, incluso creyó que la última que había entrado era la concejala de sanidad, o de educación... pero seguro que eran tonterías suyas.

Empezaba a impacientarse, Kitano aún no había entrado y temía que no fuera a subir, se había mostrado muy reticente a entrar en uno sitio como aquel, y no le extrañaba, con lo rara que era seguro que tenía miedo de que se le pegara algo de la gente como aquella; pero éste era su trabajo y sino llegaba en breve las cosas se podían poner feas para todos. No creía que Cardone pasara por alto algo como esto, más que nada porque se suponía que aquí encontrarían la forma de entrar en el dichoso underground, o al menos a la persona que podría darles alguna pista de cómo hacerlo.

Temía mirar a la puerta por si su angustia tuviese algún reflejo en la realidad y todo acabara por explotar en sus narices, así que no vio como una figura femenina se le

acercaba por la derecha, hasta que empezó a notar lo mismo que aquella noche en la oscura calle de su ciudad, cuando el pelo de la nuca empezó a erizársele. Entonces giró bruscamente la cabeza con un terror que no había sentido en meses y vio a Kitano. Se acercaba lentamente, podía notar como su cerebro analizaba todos los posibles ángulos de tiro, los defectos de su posición y las posibles escapatorias.

Cuando se percató de su presencia le dirigió lo que él creía que era una sonrisa, bastante artificiosa, tanto que parecía más una especie de gesto sádico. Jake se removió en el sillón incómodo. Puzzo apartó los ojos del escote de una cliente que lo miraba con deseo y le devolvió la sonrisa a la japonesa, ésta realmente sincera. Y era raro, Palucci habría apostado cualquier cosa a que aquel ítaloamericano no era capaz de ser sincero ni con su madre. Tenía esa pinta de chico que nunca ha crecido y que se ha criado en las salvajes calles del Bronx o de algún sitio parecido, donde la astucia era lo único que te podía salvar la vida.

Kitano se sentó entre los dos hombres, tal y como lo habían planeado, pero estaba tiesa como un muerto y no dejaba de mirar para todos los lados de forma nerviosa. Parecía una policía novata, mientras que antes analizaba todos los rincones de la estancia como la profesional que era. Sin embargo, ahora sus ojos bailaban de un lado a otro, como si no supiera qué hacer, perdida, mareada, en un asunto que le venía demasiado grande.

Fue en ese preciso momento cuando ella se quedó mirando al frente y su piel palideció hasta asustar a sus compañeros, que la tuvieron que coger por los brazos por miedo a que se desmayara y se cayera del sillón. “¿Estás bien? – escuchó al fondo del torrente de adrenalina. Algo la zarandeaba suavemente – Kitano, ¿te encuentras bien?” “Sí”.

No podía creérselo, cruzó todo el Pacífico y Estados Unidos, de costa a costa, para al final encontrarse frente a frente con parte de los grandes dirigentes de la Yakuza de Nueva York. Si la reconocían estaría perdida, y si seguía con esa actitud estaba claro que lo harían, y antes de que pudiera pensar en un plan decente.

Decidió tranquilizarse. Les dijo a los chicos que iba a refrescarse y se dirigió rápidamente hacia el baño femenino. Se lavó la cara y se miró fijamente al espejo: si no hacía las cosas bien la matarían, o los japoneses o los italianos o cualquiera que tuviera la oportunidad de hacerlo... y no quería morir, aunque últimamente su vida no tuviera demasiado sentido. Se encerró en uno de los cuartillos y guardó sus pistolas en una bolsa hermética; abrió la tapa de la cisterna y las guardó allí. Se alegró de haber dejado la katana en el maletero del coche de Palucci. Se soltó el pelo, sacó una barra de carmín que había comprado para aquella noche en una perfumería y se pintó los labios. Lentamente se abrió algunos botones de su camisa blanca, los suficientes para dejar ver algo más de lo normal.

Se quedó unos instantes mirándose al espejo y se dio cuenta de que no aparentaba la edad que realmente tenía: sus ojos estaban vacíos, sus labios apretados por culpa de la tensión, que siempre cargaba sobre sus hombros. Se imaginó como sería si hubiese llevado una vida normal, “Hubieras sido muy guapa Hanako”.

Cuando volvió sus dos compañeros la miraron con cara de preocupación.

- ¿Estás bien? Antes te pusiste muy pálida, pensamos que te había dado un mareo o algo – dijo Palucci. Sus palabras tenían un tinte de preocupación y agradeció el gesto sinceramente.
- Sí gracias, eso fue lo que pasó. Sólo me mareé un poco, no he cenado antes de salir – Su mentira era demasiado exagerada incluso para ella, pero no se le ocurrían muchas otras

cosas que decir, en ese trabajo estaban aflorando muchos defectos que tenía que pulir –
He decidido refrescarme un poco.

Estaba claro que Puzzo se dio cuenta de la falta de las tan bien escondidas pistolas de Kitano, más que nada porque le acarició la espalda de una forma que le resultó bastante violenta. El contacto físico era algo que aún no había superado del todo desde que llegó al país.

– Como verás, - dijo por lo bajo – he decidido hacer las cosas bien, así que dejémoslo estar y aparta tu mano de mi espalda, no me gusta que me toquen.

- No me extraña, estás tan fría como un témpano de hielo. Una pena en una mujer tan hermosa como tú, una lástima; sin embargo, te agradecería que dejases tus gustos para tu tiempo libre, porque tenemos algo que hacer y tú pareces más una poli que una tía que viene a tirarse a dos tíos, ¿no te parece? Así que puedes empezar a soltarte ahora mismo.- Su voz era suave, sin ningún gesto o entonación que demostraran al espectador el verdadero significado de sus frases, es más parecía una proposición indecente.

- ¿Puedo ayudarles? – Dijo una mujer dirigiéndose al extraño trío – es la primera vez que vienen por aquí, ¿Me equivoco? Soy Jeanne La Fitte, la encargada de *La Viuda Negra*.
– Era una mujer bastante esbelta, rondaba, según Puzzo, los cincuenta años, pero nunca había visto unos cincuenta tan bien puestos. Era morena, con los ojos oscuros y unas pestañas largas y frondosas, sus labios estaban pintados de un rojo carmesí que casi parecía sangre e iba vestida con un traje de ejecutiva que le quedaba demasiado bien, a ojos del sobrino de Cardone.

- Sí, gracias, el señor Marlango me ha hablado muy bien de este sitio y de su discreción... Soy Paolo Puzzo, ella es Hanako y él Jake Pallucci, - Puzzo la miraba con la mejor de sus sonrisas y rodeó con sus brazos a Pallucci y a Kitano, “menos mal”,

pensó, “la japonesa no se ha puesto tensa” – Nos gustaría hablar con usted sobre un tema bastante privado, no sé si me entiende...

- Por supuesto caballero, sin embargo he de atender a bastantes clientes todavía y me llevará algo de tiempo hablar con ustedes, si quieren pueden unirse a la cama redonda que comenzará dentro de cinco minutos o, si lo prefieren, esperar en una habitación privada haciendo lo que... deseen, hasta dentro de una hora, invita la casa. El señor Marlango es uno de mis mejores clientes y un buen amigo mío, y ya conocen el dicho: los amigos de mis amigos... - sonrió de forma pícaro prestando bastante atención a la figura de la japonesa- Díganle a una de mis camareras qué prefieren y ella les guiará. Hasta dentro de una hora.

Estaba claro la decisión, llamaron a la camarera y le pidieron una habitación privada. Ella les llevó por un pasillo decorado con un acolchado de terciopelo escarlata y espejos con labrados marcos dorados. En pequeñas mesas reposaban candelabros finamente trabajados con velas rojas y doradas que estaban apagadas, el corredor olía a incienso, aunque no podían determinar su aroma, era bastante agradable.

Pasaron varias puertas cerradas con el cartel de “No molesten” colgando de los pomos, hasta llegar a la número 18. No se olvidaron de darle a la camarera una buena propina y de recordarle de que le dijera a la señora La Fitte en que habitación estaban para que les avisara cuando acabase con el resto de clientes.

Cuando la mujer cerró, se miraron sin saber realmente qué hacer, ya habían hablado de la posibilidad de que hubiera cámaras en las habitaciones y de que, si llegara el caso, tuvieran que hacer algún tipo de paripé por si llegaran a sospechar. Kitano observó cada uno de los rincones del cuarto y no vio ningún tipo de mecanismo de escucha o de vigilancia, al menos en los muebles...

Y es que la habitación era el lugar más raro en donde habían estado todos los allí presentes. Tenía forma circular y las paredes eran enormes espejos que iban desde el suelo hasta el techo, incluso en el techo habían espejos. Como pudieron comprobar, algunos de ellos eran armarios o la puerta de acceso al baño, el cual era otro espectáculo. La bañera era un enorme jacuzzi, y mientras que el lavabo estaba completamente decorado en blanco y plateado, el resto de la habitación mezclaba el negro terciopelo del edredón con las sábanas rojas de seda, el plateado de los ornamentos y la alfombra de diseño que mezclaba los tres colores anteriores en formas abstractas.

Palucci pensó por un instante que el hecho de ser rico y tener una buena posición social no te hacía tener buen gusto. Decidieron que, por si acaso, se quitarían las camisas para que cuando llegara la encargada, pareciera que habían estado haciendo algo, al comprobar ya con más detenimiento que no había ninguna cámara.

Kitano se desabrochó la camisa en el baño, le daba vergüenza que aquellos hombres la vieran; no por ningún tipo de atracción sexual, sino más bien porque el hecho de desnudarse le parecía uno de los pocos actos de su vida que eran realmente suyos, de nadie más. Salió en sujetador a la habitación y miró a sus compañeros inexpresivamente. Ambos se habían quitado la camisa, Pallucci era bastante más atlético que Puzzo, y Puzzo parecía realmente un mafioso sin camisa pero con los tirantes puestos y los calcetines de ejecutivo.

El primero estaba sentado en un pequeño sillón con los pies descansando sobre una mesa donde el servicio había colocado una botella de champán con cuatro copas, el segundo estaba en la cama, con la espalda recostada en los mullidos almohadones, un cigarro encendido, y las piernas estiradas. Cuando la vieron entrar no hicieron gesto de sorpresa o de aprobación, se limitaron a observar pacientemente, como si esperaran que

les dijera algo. Avanzó en sujetador hasta la alfombra, y decidió que ése era un sitio tan bueno como cualquier otro para sentarse y descansar. Así lo hizo, pero cuando pensaba que podía bajar la guardia ambos compañeros se sobresaltaron a la vez.

Los dos habían visto lo mismo reflejado en el espejo. Aunque el sujetador tapara parte, un enorme dragón de color esmeralda, rojo y blanco parecía moverse en la espalda de la joven. Sus ojos miraban saltones a sus observadores, sus garras parecían afiladas y peligrosas de verdad y sus escamas parecían brillar a la luz de la lámpara que colgaba del techo. La cola del mítico animal se perdía debajo del pantalón de la japonesa, mientras que una de sus garras se apoyaba en el hombro izquierdo, en una señal de amenaza. Ella los miró fijamente, primero a uno, luego al otro, se planteó decir algo o ponerse la camisa de nuevo, pero no valía la pena. Se tumbó boca arriba, y esperó.

Sólo una persona había observado ese tatuaje hacía mucho tiempo: el tatuador había hecho el juramento de no revelar a nadie lo que estaba dibujado en la espalda de la mujer, pues había roto las normas. Según la tradición, las mujeres pertenecientes a la Yakuza debían tener el tatuaje en la parte frontal de su torso, de tal forma que ningún indeseable se atreviera a intentar forzarla. Pero a ella eso le parecía completamente machista, no veía en ello algo de protección, sino una forma de tapar con un horrible dibujo una de las partes más hermosas de la mujer, haciendo que sólo los miembros de la Yakuza se atrevieran a casarse con ellas. Había pagado mucho por aquello. El artesano era uno de los mejores de Japón, fue un auténtico ritual. Allí perdió parte de su alma, para recuperarla cuando él apareció...

No estaba muy segura de cuanto tiempo había pasado echada en la mullida alfombra, mirando al techo y perdida en sus pensamientos, aún así estaba alerta, siempre estaba alerta, así que pudo oír con facilidad el ruido de pisadas que se

acercaban desde el pasillo. Puzzo seguía en el mismo sitio, medio dormido, y Pallucci había decidido que estaría mejor echado en la cama, era bastante alto, pero de todos modos, echado de lado a lado de la cama, los pies le cabían perfectamente. Ella se levantó rápida y silenciosamente, se acercó a la cama y señaló hacia la puerta, los pasos y las voces eran ahora más nítidas. La mujer estaba enfadada, parecía estar echándole la bronca a alguien, y repetía sin cesar el número de su habitación mientras se acercaba.

Los tres se pusieron manos a la obra, empezaron a hablar, diciendo cosas como “Esto tenemos que repetirlo algún día”, o “No pensé que alguien como tú pudiera hacer cosas como aquellas”, etc, y empezaron a vestirse lentamente, como si hiciera poco que habían acabado. Entonces abrieron la puerta de repente “Genial, - Pensó Jake – esta gente tiene llaves de las habitaciones y pueden entrar cuando les venga en gana, seguro que sus clientes no tienen ni idea de eso” Entró primero un gorila y se quedó observando al lado de la puerta, y después lo hizo Jeanne, con cara de pocos amigos y mirando a todos lados, sus ojos echaban chispas y había un reflejo de locura en sus movimientos.

- Vosotros casi lográis engañarme, casi. Sois policías, o agentes del FBI, pero habéis venido a joderme, ¿No es así? – Miraba a cada uno de los tres compañeros “sorprendidos” por su violenta entrada. – Benito, cachéales, seguro que tienen sus placas por ahí, quiero saber cómo se llaman realmente estos capullos idiotas.

Así lo hizo Benito, el enorme gorila que casi había clavado la puerta en la pared de lo fuerte que la había abierto. Primero a Kitano, la cual llevaba encima todos sus papeles falsos, aunque no se había cambiado el nombre, sí había conseguido todo lo demás: su carné de conducir decía con claridad que era estadounidense, y su hermoso pasaporte incluso estaba adornado con sellos de los diferentes países donde su alter ego había viajado. A Pallucci y a Puzzo les pasó tres cuartas partes de lo mismo, sólo que

Benito se esmeró en menor medida en cachear a los dos hombres. Con los documentos en la mano, se acercó a la enfurecida encargada y le susurró algo en el oído. Al momento la mujer cambió de expresión y lentamente se acercó al sillón donde minutos antes había estado descansando Pallucci.

- Dios mío... - dijo mientras se mesaba la morena melena – discúlpenme caballeros y... señorita, uno de mis clientes me dijo que ustedes eran policías de incógnito y... bueno, es uno de mis mejores clientes...

- Como el señor Marlango, ¿no? – A Hanako le salió del alma aquella frase, en situaciones así no sabía que responder generalmente, pero pensaba que aquello era por otra causa y, al ver la cara de vergüenza de la mujer, se dio cuenta de que realmente había creído en lo que le dijeron, y ahora no sabía donde meterse.

- Lo siento, lo siento de verdad. ¿Qué puedo hacer para compensarles? Díganme lo que quieren, de verdad, y por favor no le digan nada de esto a nadie, menos al señor Marlango, ha sido una estúpida confusión...- Había algo que no cuadraba en toda aquella escena, estaba claro que aquella mujer estaba acostumbrada a tratar con personas muy importantes e influyentes y seguramente su fachada no se quebraría ni aunque la “Viuda Negra” se derrumbase de repente. Alguien le había dicho algo de ellos, alguien lo suficientemente importante para aquella señora como para irrumpir en una habitación incumpliendo las normas de la empresa y ordenar que cachearan a unos clientes.

Puzzo decidió sacar todo su encanto.

- Bueno, usted misma lo ha dicho, ha sido una confusión... Dígame señorita La Fitte, ¿quién ha creído que éramos polis? No, no pretendo ir a cantarle las cuarenta ni mucho menos, no se preocupe. Lo digo porque si es alguien del que me pueda fiar puedo aprovechar ese parecido para algunos temas interesantes... usted ya me entiende.- Ahora Palucci lo tenía claro, aquel tipo tenía que haberse librado de muchas cosas con la única

ayuda de su labia, seguramente era el típico flacucho del instituto al que todos querían pegar, pero lo suficientemente listo como para hacerse amigo de los matones y mandarles a pegar a otros flacuchos como él.

- La verdad es que fue un soplo, lo siento mucho. – Ahora la mujer decía la verdad, había recobrado la compostura que alguien de su posición debía tener. – Generalmente no hacemos caso a los soplos ya que poca gente que pueda estar interesada en cerrar el negocio sabe de nuestra existencia. Cuando esto pasa tenemos a muchos amigos que “convencen” a los curiosos de que aquí no hay nada que ver. – Mentía, estaba claro que lo hacía, Kitano podía notar como su pulso se aceleraba, como un suave rubor aparecía en las mejillas de la dueña del local. No dijo nada, la imagen de los japoneses en la sala de los sillones le daba una idea de quien podía ser el soplón. Lo averiguaría en su tiempo libre. - Ahora les debo un favor, ¿Qué era lo que querían? Si no se excede en nuestras posibilidades están ustedes invitados. Benito, trae dos botellas de vino y cuatro copas, y que sea rápido.

La mujer, completamente recuperada, cruzó sus sensuales piernas pausadamente, haciendo que el roce de sus medias emitiera un susurro casi imperceptible y a la vez horrorosamente tentador.

Palucci creyó que ése era el momento preciso para hablar y romper aquella especie de embrujo que empezaba a caer sobre los dos ítaloamericanos, era tan atractiva...- Señora La Fitte... - “Señorita” aclaró la interpelada – Sí, perdón, señorita La Fitte, ¿Quién tuvo la idea de crear una empresa como la suya? ¿Qué le hizo pensar que podría tener éxito?

- Ella sonrió, con una sonrisa de suave terciopelo y cogió la copa que le ofrecía aquel gorila que minutos antes quería aplastar cráneos.- La idea se me ocurrió a mí, ¿Porqué? Fácil. Desde los trágicos atentados del once de Septiembre, la gente parece que necesita saborear la vida. Antes la mayoría de las personas que nos cruzábamos por la calle

se contentaban con tener un trabajo, un seguro médico decente y un matrimonio con sus respectivos niños. Muchos se contentaban con menos, y otros querían más. A los pocos meses de los atentados, el consumo de cocaína y otras drogas estimulantes había subido de forma exagerada, a la vez que aumentaba el miedo a sufrir nuevos ataques en nuestras fronteras subía el ansia de vivir la vida. Muchos maridos dejaron a sus mujeres y viceversa, los jóvenes dejaban sus estudios para vivir en una especie de comuna con gente de su edad, era una vuelta a los sesenta. Pero con una diferencia: El estilo de vida americano. Nadie quiere asumir que no quiere vivir la vida que llevan, y muchos no se atreven a cambiar porque no es seguro que el mundo se vaya a acabar de un momento a otro. Así que lo mejor es divertirse de forma legal y discreta, ¿Cómo? ¡Así! Aquí vienen matrimonios que llevan veinte años casados, gente buscando a personas con sus mismos gustos para pasar unas horas agradables, y nadie te va a poner mala cara, porque te comprendemos. Empecé en enero del dos mil dos, y a los seis meses el alcalde ya venía por aquí con sus amiguitas. ¿Entiendes a qué me refiero?.

- Por supuesto, y me parece una idea grandiosa. ¿Y dice que aquí todo es legal?
- Sí, ninguna de mis chicas practica la prostitución. Si se quieren acostar con alguien lo hacen, pero generalmente los clientes encuentran sus parejas entre los propios clientes. Se exige ser mayor de edad y no se permite la entrada a personas con sus capacidades mentales disminuidas.

Puzzo se adueñó de la conversación de nuevo, hablando primero que Palucci, quien lo miró como si deseara arrancarle la lengua a su compañero.

- ¿Y si quisiéramos hacer algo ilegal?- La mujer lo atravesó con la mirada, una mezcla de ofensa y sorpresa asomaba en el movimiento de su boca.- No sólo pagaríamos, sino que lo haríamos muy bien, y por supuesto nadie nos ha dicho donde podemos encontrar el “Underground”.